
Barcelona: teología, orsinis y arte contemporáneo

Ernesto Castro Córdoba

Abstract: This paper is about Barcelona as a city marked by politics, art and philosophy. The debates between Jews and Christians on the superiority of one religion over the other, the construction of the Eixample, the anarchist attacks of the late twentieth and early nineteenth century and the construction of the Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA)) are some of the milestones of Barcelona's history we analyze in this article from a critical point of view, since they determine not only the past of this city but also its present (Barcelona is recognized by UNESCO as a City of Literature) and its future (as the capital of an independent Catalonia?).

Keywords: Barcelona, theology, anarchism, Eixample, independentism, anti-systemic movements.

1. En 2015 los medios de comunicación españoles celebraron que Barcelona fuese nombrada Ciudad de la Literatura por la UNESCO sin reparar en que el título había sido concedido previamente a una veintena de ciudades, entre las cuales figuran algunas actualmente tan conocidas por sus bibliotecas, librerías y editoriales como Bagdad. ¿Por qué motivo le concedieron este distinguido galardón a la capital catalana? Mucho me temo que no tenga nada que ver con la aparición de la ciudad en los mundos de ficción del *Quijote* o *El día del Watusi* y mucho con que Barcelona es uno de los lugares donde el *connubium* y el *convivium* entre editores, agentes, escritores y libreros alcanza los niveles de endogamia de las casas reales europeas, con la consiguiente decadencia del *pool* genético. Como lo describe Juan Marsé en *Noches de Bocaccio*, una radiografía del bar preferido de la *Gauche Divine* barcelonesa:

Anotados curiosos planes estratégicos, de una escalofriante ingenuidad: “Para mañana domingo: 1) Comprar programas antiguos de cine en mercado San Antonio y presentarme con ellos en casa Terenci Moix hora comer y hacerle regalo. 2) Ligar con su hermana Ana y conseguir que me presente a su editora y amiga Esther Tusquets. 3) Ligar editora y contrato-anticipo no menos de 25.000 pts. por próxima novela titulada *El vampiro de la Sagrada Familia* o *El monstruo del cine Delicias*.”

Y algo más abajo: “No, muy complicado. Mejor hacer amistad íntima con Oriol Bohigas. Manera: 1) Hablarle mal de Ricardito Bofill en presencia de Salvador Clotas. 2) Clotas encabronarse y querer pegarme, Bohigas apoyar mi criterio y defenderme, y también Rosa Regàs. 3) Yo agradeciendo sugiero Rosa tomar copas otro sitio, solos. 4) Camelar Rosa y ella proponerme contrato con Edhasa...”¹

Se ha escrito demasiado sobre la Barcelona de los libros de ficción y casi nada sobre la Barcelona de esa forma peculiar de la no ficción que es la filosofía, así que quisiera decir unas palabras al respecto. Si esta ciudad tiene un lugar en el mapa filosófico global ello no se debe a la panda de traductores, receptores o directamente plagiadores del pensamiento francés contemporáneo que periódicamente brotan como setas en Barcelona desde mediados del siglo XIX, cuando lo que estaba de moda no era Quentin Meillassoux sino Felicité Robert de Lamennais. Si Barcelona tiene un lugar en el mapa filosófico global, insisto, ello se debe principalmente a la disputa que mantuvieron en esa ciudad en 1263 el rabino Bonastuc ça Porta, popularmente conocido como Nahmánides, y el converso dominico Pau Cristià delante del rey Jaime I, Ramon de Penyafort, Arnaldo de Segarra y Pere de Genua sobre (i) si el Mesías había llegado o no, (ii) si era hombre y Dios (sufrido y muerto por nuestros pecados) o no, y por tanto (iii) si debían observarse todavía las prácticas religiosas judías o no. A diferencia de lo sucedido en la disputa de París de 1240 entre el converso Nicholas Donin y el rabino Jehiel ben Joseph, que terminó con la quema de 24 carros de textos en hebreo por blasfemos, en la disputa de Barcelona el rey garantizó la libertad de expresión y la inmunidad del defensor judío hasta que la bula «Turbato Corde» del papa Clemente IV extendió en 1267 la Inquisición a los judíos.

La estrategia argumentativa de Pau Cristià durante la disputa, que consistió en intentar demostrar la verdad del cristianismo exclusivamente a partir de la literatura talmúdica, reflejaba la posición de los dominicos sobre la religión judía, tal y como la expone Ramon Martí en el *Pugio fidei contra iudaeos*: no es que el Talmud sea intrínsecamente blasfemo, sino que son los judíos los que niegan deliberadamente su sentido protocristiano. Así, la argumentación de Cristià comenzó con el polémico pasaje del Shiloh, que parece predecir la llegada del «enviado», del «pacífico» o de «quien lo tiene reservado» con motivo del final del reino de Judá: «El cetro no se apartará de Judá, ni el bastón de comandante de entre sus pies, hasta que venga Shiloh, y a él pertenecerá la obediencia de los pueblos» (Génesis, 49:10). Pau Cristià situó esta fecha en la toma de Jerusalén por los romanos del año 70 d.C. pero Nahmánides le replicó que el templo de Salomón ya había sido destruido por Nabucodonosor en el 586 a.C., y no obstante había sobrevivido la autoridad de los exiliarcas en Babilonia, del mismo modo que el patriarcado palestino fue reconocido oficialmente hasta la abolición de Teodosio II en el 425 d.C. Pau Cristià contraatacó citando la

Midrash de las lamentaciones y una frase atribuida a Joshua ben Levi según la cual el Mesías no solo había nacido el día de la destrucción del segundo templo sino que además había sido visto en Roma, a lo que Nahmánides ofreció la siguiente lectura alegórica: el hecho de que se le hubiera visto en la capital de los entonces enemigos máximos de Israel como mucho significa que el Mesías, en caso de haber nacido, está oculto.

Que el ambiente de la disputa fue relativamente distendido lo indica el que Pau Cristià afirmase que la Santísima Trinidad no empaña la unidad de Dios porque es tan profunda que ni los ángeles la comprenden y Nahmánides se sintiera libre para responder que eso quiere decir que ni los ángeles creen en ella porque no se puede creer lo que no se comprende (una respuesta erística en boca de un místico como él). Por no hablar de cuando Pau Cristià estableció una correlación entre las tres personas y los tres atributos de Dios (Sabiduría, Voluntad y Poder), a lo que Nahmánides le propuso cambiar entonces el nombre del asunto por el de la Santísima Quintuplicidad dado que también son atributos divinos la Verdad y la Vida. O cuando el rey se sorprendió de la edad milenaria que hipotéticamente tendría el «Mesías oculto» de los judíos («En ese caso, ¿dónde está el Mesías ahora mismo?») y Nahmánides le puso como precedente a Matusalén y le recomendó irónicamente que mandase un mensajero a Toledo no fuera a ser que anduviera por allí.

El segundo día de la disputa giró sobre un pasaje habitual en las discusiones judeocristianas en la Península Ibérica desde la polémica del siglo IX entre Pablo Alvar y Bodo-Eliezer, quien persuadió a Abderramán II de forzar la conversión de todos los cristianos al judaísmo o al islam dada su peligrosidad:

Hay setenta semanas que han sido determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para poner fin a la transgresión, y para acabar con el pecado, y para hacer expiación por el error, y para introducir la justicia para tiempos indefinidos, y para imprimir un sello sobre visión y profeta, y para ungir el Santo de los Santos. Y debes saber y tener la perspicacia [de que] desde la salida de [la] palabra de restaurar y reedificar a Jerusalén hasta Mesías [el] Caudillo, habrá siete semanas, también sesenta y dos semanas. (Daniel, 9: 24).

La interpretación cristiana habitual de la profecía de las setenta semanas se refería a los 490 años que sumaban los 70 del exilio más los 420 que supuestamente había durado el segundo templo (en realidad había durado 565 años, pero se trataba de una imprecisión compartida por cristianos y judíos). La interpretación de Nahmánides, que no sabemos hasta qué punto influyó en la escatología de cristianos contemporáneos del reino de Aragón como Arnau de Vilanova, es que el Mesías vendría en 1358, apenas un siglo después de cuando se estaba produciendo el debate. Esta apocalíptica predicción provocó un debate sobre el significado de la palabra «*iom*», que en hebreo significa «día» (se trajo a un judío de la calle para constatarlo) pero que Nahmánides traducía en este caso como «año», dando por sentado un desajuste entre el tiempo divino y el tiempo humano que, como aseguró Arnaldo de Segurra desde el público, tenía precedentes en la patrística cristiana (Jerónimo de Estridón).

En suma, la disputa de Barcelona fue un hito dentro de las disputas teológicas medievales entre judíos y cristia-

nos en la medida en que Nahmánides sentó las bases de la defensa judía, que consistía en rebajar la importancia del Mesías dentro de la religión judía y subrayar la libertad de creencia sobre el Aggadah, la parte no legal del Talmud, en la que se encuentran las afirmaciones más subidas de tono sobre el tema. La disputa de Barcelona también es excepcional por el compromiso de Jaume I con la inmunidad y la libertad de expresión de Nahmánides contra todas las conspiraciones de dominicos por apresarle y condenarle: impuso una multa de 500 maravedíes a quien osara molestarle. Como dijo el propio Nahmánides durante la disputa, dado que la existencia de los judíos es más difícil durante la diáspora que durante la era mesiánica, se puede decir que los reyes tolerantes como Jaume I son tanto o más importantes que el Mesías, que a fin de cuentas es solo un rey mortal que volverá a construir el templo de Salomón.

2. Los últimos 350 años han hecho aritméticamente verdadera la primera parte del enunciado atribuido a Baldomero Espartero de que «Hay que bombardear Barcelona cada 50 años para mantenerlos a raya» con un total de siete bombardeos masivos de la ciudad, uno cada medio siglo más o menos: en 1651, con la Guerra dels Segadors; en 1705 y en 1714, con la guerra de Sucesión; en 1842, con la sublevación antilibrecambrista; en 1843, con la rebelión de la Jamància; en 1909, con la Setmana Tràgica; y en 1938, con la guerra civil. Pero la segunda parte del enunciado dista mucho de ser cierta. Barcelona ha sido durante todo este tiempo una ciudad incontrolable y ello se puede cuantificar, de nuevo, en número de bombas. Entre 1885 y 1900 los anarquistas detonaron en Barcelona tantas orsinis, pequeñas bombas esféricas erizadas de «chimeneas» rellenas de fulminato de mercurio que aseguraban la detonación con independencia del ángulo de impacto, que Antoni Gaudí decidió incluir un relieve en la Sagrada Familia con un demonio entregándole una orsini a un anarquista.

La dos orsinis más famosas y mortíferas de todas las detonadas en la historia de Barcelona fueron las que lanzó Santiago Salvador en 1893 sobre los burgueses del Liceo intentando emular el atentado fallido de Paulino Pallás contra el general Martínez Campos. Se suele considerar que este es el primer atentado anarquista indiscriminado contra un segmento de la población civil por el mero hecho de formar parte de ese segmento, pero hay que recordar que en 1892 una bomba explotó en la plaza Real de Barcelona en represalia a la «sociedad burguesa» por los sucesos de Jerez. Las víctimas de la susodicha sociedad fueron un traperero, una sirvienta y un cargador de barcos. También se suele considerar que este atentado es un ejemplo de la «propaganda por el hecho» anarquista, pero hay que recordar que el principal ideólogo de esta estrategia, Piotr Kropotkin, escribió un artículo durísimo contra el «terrorismo barcelonés» que la revista parisina *Le revolté* decidió no publicar, prefiriendo la justificación sociológica de lo sucedido redactada por Jean Grave:

Sin duda, para llegar a ejecutar este atentado hay que tener el corazón herido por el odio, corroido por los sufrimientos padecidos. Para que un anarquista, cuya preocupación mayor es la justicia, pueda llegar a concebir friamente la muerte de tantas personas culpables tan solo de pertenecer a la clase privilegiada,

tiene que estar muy ulcerado. Que los burgueses alcanzados le lancen su anatema, entra en la lógica humana. Si reflexionan sobre las miserias que engendra el orden social del que se benefician, sobre las vidas humanas sesgadas por su avaricia, deberían asombrarse de que París siga en pie.²

Tras la muerte de Franco la pólvora ha desaparecido prácticamente por completo de la política barcelonesa si dejamos de lado la llamada «intifada del Besòs» de 1990, en la cual algunos vecinos de Sant Adrià del Besòs dispararon con armas de fuego a la policía que durante cuatro días intentó desalojar un solar que los vecinos querían que se mantuviera como equipamiento en lugar de construir otro edificio de pisos. No podemos dejar de mencionar sin embargo el caso de Terra Lliure, probablemente la banda terrorista más torpe de la historia de España: la población confundió mucho tiempo sus siglas con las de una asociación ecologista, los etarras les trataron como novatos cometiendo atentados como el del Hipercor de Barcelona que violaban la llamada «división territorial del trabajo terrorista»³ y si dejamos de lado el tiro que le dispararon en la rótula a Federico Jiménez Losantos pensando, con pésimo criterio anatómico, que moriría desangrado o se quedaría cojo de por vida, prácticamente todas las víctimas de Terra Lliure fueron miembros de la propia organización terrorista que murieron abatidos por la policía (Martí Marcó i Bardella) o se inmolaron sin querer mientras manipulaban explosivos (Fèlix Goñi).

3. Durante mis estudios de máster en Barcelona iba a estudiar a la biblioteca de la Universitat Pompeu Fabra, que me quedaba muy cerca de casa pedaleando por un carril bici junto al Parc de la Ciutadella, donde el zoológico y el Parlament están pared con pared. La “Pompeu Harvard”, como la llaman algunos no se sabe si irónicamente o en serio, en realidad no comparte con las universidades de la *Ivy League* nada más que la antigüedad de sus instalaciones. El campus de la Ciutadella está compuesto por dos edificios históricos, los cuarteles Roger de Llúria y Jaume I, que durante la Guerra Civil fueron rebautizados «Karl Marx» y en cuyo interior probablemente se respiraba un ambiente similar al que describe George Orwell en *Homage to Catalonia*:

En todos los rincones había pilas de muebles destrozados, monturas rotas, cascos de bronce, vainas de sables y alimentos en putrefacción. Era enorme el desperdicio de comida, en especial de pan. En nuestro barracón se tiraba después de cada comida una canasta llena de pan, hecho lamentable si se piensa que la población civil carecía de él.⁴

La imagen que ofrecen estos edificios actualmente es la de la típica institución con presupuesto suficiente como para intentar, sin conseguirlo nunca, aclimatar aulas con paredes de cristal.

Junto a estos dos cuarteles se encuentra un depósito de aguas que antaño sostenía la cisterna que alimentaba las fuentes del Parc de la Ciutadella y hoy ampara la biblioteca de la universidad. Estudiando bajo su laberinto de arcos de cañón descubrí las dimensiones del fanatismo que en Barcelona se puede llegar a profesar por Antoni Gaudí. Resulta que un joven Gaudí había sido el becario encargado de hacer los cálculos estáticos para el conjunto del depósito y sus elementos de apoyo. Tanto monta que

Gaudí no fuera precisamente conocido por su precisión técnica (es sabido que trabajaba sobre sus maquetas en directo y con un enfoque más bien escultórico); monta tanto que el estilo romano del conjunto nada tenga que ver con el *modernisme* que le hará famoso internacionalmente; que la placa conmemorativa de la construcción le da todo el mérito al “mandao” de Gaudí y del jefe de obras, Josep Fontserè, ni se acuerda.

El parque al que abastecía de agua el «edificio Gaudí» tiene su interés porque se encuentra sobre las ruinas de la ciudadela que mandó construir Felipe V después de la Guerra de Sucesión para controlar Barcelona y que, según Robert Hughes, fue «la estructura impuesta más odiada por las personas que han vivido a su sombra probablemente hasta el muro de Berlín»⁵. Jacint Verdaguer, el poeta más emblemático de la *Renaixença*, tiene un poema sobre la historia del lugar, desde el asalto de las tropas borbónicas a la Exposición Universal de 1888, que ganó póstumamente los juegos florales de 1903. Uno de los puntos de visita más concurridos de esa Exposición Universal fue la gran cascada del parque, una horterada neoclásica a caballo entre la *Fontana di Trevi* y la *Brandenburger Tor* cuyas cañerías, como no podía ser de otro modo, llevan la firma de Gaudí.

La demolición de la ciudadela y la construcción del parque formaron parte de un proceso más amplio de expansión y saneamiento que encontró en el proyecto del Eixample su encarnación más emblemática. Tras la demolición de las murallas que contenían insalubrementemente a la población (durante la primera mitad del siglo XIX la esperanza de vida para la clase alta era de 36 años y para la baja de 23), Antoni Rovira i Trias ganó el concurso público de expansión de la ciudad con un proyecto que mantenía aproximadamente la misma densidad y cuadrícula de edificación que la ciudad vieja, pero en el último momento Madrid impuso por decreto real que fuese Ildefons Cerdà i Sunyer el que llevase a cabo la tarea. Una extraña decisión por parte de la monarquía isabelina teniendo en cuenta que Cerdà i Sunyer era un socialista convencido por la utopía de Étienne Cabet, *Viaje a Icaria*, que en Barcelona contaba con tantos seguidores que terminaron formando una sociedad propia en 1847 con el siguiente himno de Francisco José Orellana:

Desde hoy todos los hombres son hermanos
ni siervo se conoce, ni señor.
Marchemos, oh, marchemos icarianos
tendiendo el estandarte del Amor.

La cuadrícula de Cerdà i Sunyer se basaba en la remodelación de París por parte del barón Haussmann con la diferencia de que en este caso no había que destruir el trazado de los antiguos barrios (una destrucción que, como cuenta Walter Benjamin, tuvo efectos dramáticos para la vida vecinal obrera). Las manzanas de Cerdà i Sunyer habrían de tener grandes chaflanes y habrían de estar separadas a una distancia considerable no como una medida policial para dificultar el levantamiento de barricadas revolucionarias, como en el París de Napoleón III, sino simplemente porque Cerdà i Sunyer creía que la red de ferrocarriles llegaría en algún momento a generalizarse hasta el punto de que cada particular tendría una locomotora propia, que podría aparcar en su chaflán. Aunque

también es cierto que entre los pocos elogios que recibió Cerdà i Sunyer, sobre el que cayeron las mismas acusaciones que posteriormente se lanzarían sobre Le Corbusier u Oscar Niemeyer (el arquitecto Josep Puig i Cadafalch hablaba de la «sagrada monotonía» del Eixample), está el comentario de los oficiales del ejército de que las calles amplias y rectas son ideales para el fuego de artillería.

El proyecto original de Cerdà i Sunyer era que el Eixample se dividiera en distritos de 400 manzanas, cada uno con su propio parque y hospital, divididos a su vez en unidades de 100 manzanas y barrios de 25 manzanas, cada uno con su propia escuela y lugar de atención primaria. Las manzanas estarían orientadas cardinalmente de forma que todas sus caras recibieran el máximo de luz solar posible y solo un tercio de ellas podría edificarse conforme a una altura máxima, dejando el resto como zona ajardinada. La idea, como la expone Cerdà i Sunyer en su *Teoría general de la urbanización* —uno de los clásicos del urbanismo moderno y el primer texto en el que se calcula con precisión el número de obreros que vivían en Barcelona—, era crear viviendas higiénicas que aumentaran la esperanza y la calidad de vida de la clase trabajadora, «ruralizando lo urbano y urbanizando lo rural». Esta idea se desvirtuó por la falta de compromiso del ayuntamiento a la hora de asfaltar las calles o instalar sistemas de drenaje, de modo que el Eixample se convirtió rápidamente en un enlodado criadero de mosquitos anopheles que causaron más de una epidemia de malaria.⁶

Uno de los planteamientos más revolucionarios desde el punto de vista urbanístico del plan de Cerdà i Sunyer fue desplazar el centro geométrico de la ciudad lejos de la plaza de Cataluña, donde lo situaban prácticamente todos los planes que se presentaron al concurso (el de Josep Fontserè i Mestre, el de Francesc Soler i Glòria, el de Miquel Garriga i Roca, etc.), y situarlo en la plaza de las Glorias Catalanas. Esta plaza se ha convertido recientemente en un lugar emblemático para movimientos sociales como el soberanista, que convocó en la diada de 2014 una manifestación a favor del “derecho a decidir” a lo largo de la Diagonal y la Gran Vía de las Cortes Catalanas, tomando como vértice de esta «V de Victoria» este excéntrico centro geométrico de la cuadrícula de Cerdà i Sunyer.

4. En 2014 la Societat U de Barcelona (SUB) estrenó un documental sobre el encargo que le hizo la Generalitat al pintor Antoni Tàpies en 1989 de decorar la Sala de Govern de su Palau. La SUB ya se había dado a conocer un año antes con un documental sobre el Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA) en el que exponían la dependencia de esta institución pública respecto de la alta burguesía catalana, propietaria en última instancia de los fondos “prestados” de la colección. Una dependencia que se mostraría funesta para exposiciones medianamente burlescas con la monarquía española como *La bestia y el soberano*, que incluía un conjunto escultórico titulado *No vamos vestidos para conquistar* con la efigie de Juan Carlos I vomitando flores como Cloris en la *Primavera* de Botticelli mientras un zorro y la difunta sindicalista boliviana Domitila Barrios de Chungara sodomizan en trenecito a nuestro rey honorífico.

Dicho sea de paso, es asombroso que ningún ensayo sobre el MACBA y, hasta donde yo tengo entendido, ninguna exposición del MACBA haya tratado lo que ha hecho famoso al museo, que no es de ningún modo su pueblerina colección privada ni el postureo de sus muestras temporales, sino los skaters que practican con mucha más solvencia su arte a las puertas de la institución. Huelga decir que el skate apunta a problemas políticos mucho más importantes que las chorradas posmarxistas que se suelen subvencionar en el mundo del arte: Barcelona es una ciudad idónea para patinar porque aprovechando los Juegos Olímpicos el alcalde socialista Pasqual Maragall impuso un modelo de gentrificación de la Ciutat Vella que consistió entre otras cosas en sustituir las zonas ajardinadas (fuentes de reuniones sociales potencialmente indeseables) por plazas duras inhóspitas y a la última en términos de deconstrucción arquitectónica, como la Plaça de Sants, que ahora solo visitan los skaters. El hecho de que un buen número de los skaters del MACBA sean extranjeros también señala la contradicción a la que se enfrenta el alcalde, que quiere seguir ganando las elecciones y por lo tanto tiene que prohibir la práctica del skate ante las quejas de los vecinos por la degradación del mobiliario urbano, pero no quiere matar a la gallina de los huevos de oro del turismo aplicando una legislación que sería mortal para la imagen de Barcelona como la capital buenrollista del Mediterráneo. El resultado se puede observar en cuentas de Instagram como @soloenmacba: guiris pijos con tablas de más de 300€ saltando sobre vagabundos, borrachos o enfermos mentales que están inconscientes en medio de la calle.

Pero volvamos al tema del documental sobre la Sala de Govern y Tàpies. La SUB lo tituló *Katallani* por el tema que había escogido el pintor para su decoración: los cuatro cronistas de las hazañas almogávares, tropas mercenarias de salteadores especialmente requeridas por la Corona de Aragón para su expansión mediterránea. Entre 1305 y 1307 los almogávares aterrorizaron a la población civil del Imperio Bizantino al grito de «Aragó!», «Saint Jordi!» y «Desperta ferres!» en venganza por el asesinato de su caudillo Roger de Flor dejando una impresión que pervive hasta el día de hoy: en Bulgaria «hijo de catalán» sigue siendo actualmente un insulto; en Grecia pervive el dicho de «huir de los turcos para caer en los catalanes»; el Polifemo del folklóre albanés es un ciclope herrero sin rodillas que se alimenta de carne humana llamado «Katalani». Y por supuesto que la Corona de Aragón no solo recurrió al terrorismo en aquellos territorios demasiado alejados de sus dominios como para poderlos controlar militarmente a largo plazo: tras la conquista del emirato de Menorca por razones presupuestarias se esclavizó y vendió a los 40.000 musulmanes que vivían en la isla para pasar a repoblarla por catalanes.

El documental de la SUB muestra cómo, antes de convertirse en pasto del nacionalcatalanismo y de los *gameplays* de VEGETTA777, la leyenda de los almogávares ya había sido utilizada por el franquismo (en *Raza*, la película que guionizó Francisco Franco, se habla de los almogávares como «guerreros elegidos, los más representativos de la raza española»). Pero las coincidencias con el franquismo no terminan aquí. A pesar de ignorar y despreciar profundamente el arte contemporáneo, Jordi Pujol y sus «catalanets» buscaron modernizar la imagen de la

Generalitat encargándole en un primer momento la decoración de la Sala a Salvador Dalí, un franquista reconvertido en enfermo de Parkinson “portabarretinas” en silla de ruedas, y adjudicándosela finalmente a Tàpies, cuya trayectoria había sido “bienalizada” por el franquismo como fachada de liberalismo y modernización. Como dijo la comisaria Victoria Combalá en el catálogo de la exposición *Barcelona. Noviembre 1984*: «Esto del arte contemporáneo es como lo de la OTAN: si queremos ser occidentales y modernos hemos de entrar, aunque los principios que la sustentan no nos gusten demasiado.»⁷

Notas

¹ Juan Marsé, *Noches de Bocaccio*, Alfabia, Barcelona, 2011, pp. 70-71.

² Citado en Juan Avilés Farré, *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*, Tusquets, Barcelona, 2013, pp. 285-286.

³ Véase “Cada terra fa sa guerra”, el editorial del número 38 de la revista *Lluita*.

⁴ George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, Destino, Barcelona, 2003, cap. 1.

⁵ Robert Hughes, *Barcelona, the Great Enchantress*, National Geographic, Washington, 2004, p. 49.

⁶ Véase el informe de 1888 del ingeniero sanitario Pere García Fària.

⁷ Citado en Jorge Luis Marzo, *¿Puedo hablarle con libertad, excelencia? Arte y poder en España desde 1950*, Cendeac, Murcia, 2010, p. 190.